

Actualidad cordobesa de Cervantes

Por Rodolfo GIL BENUMEYA

La nota mas actual e importante de la vida intelectual cordobesa es en estos momentos el interés que la ciudad tiene por una proposición que el Delegado del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional don Enrique Romero de Torres hizo al Estado para la adquisición de la famosa posada del Potro, unida a los recuerdos cervantinos. Al lado de la posada, que así conservará su carácter del siglo XVI, hay un anexo que, como Casa de Cervantes, podría convertirse en biblioteca pública. Estas ideas, apoyadas por la Real Academia local de Córdoba, no tienen solo el fundamento de que allí se hospedase el glorioso autor del «Quijote», (y al desaparecer la toledana posada de la Sangre queda como única), sino, sobre todo, el motivo esencial de que don Miguel de Cervantes Saavedra fuese de origen y abolengo cordobés, o «natural de la ciudad de Córdoba», como el mismo don Miguel declaró, como testigo, en un proceso, en Sevilla, el 4 y 10 de Junio de 1573.

Esta declaración solemne no contradice el conocido nacimiento de Cervantes en Alcalá de Henares, puesto que entonces se distinguía entre el sitio donde se nacía y el de naturaleza, o sea aquel de donde era originario y venía la estirpe de cada cual. Resulta que respecto al inmortar escritor, su padre y toda su familia paterna eran cordobeses, y él mismo pasó allí parte de su infancia. Por eso, aunque nacido en población distinta, su crianza, sangre y ambiente eran cordobeses. La citada Academia local—cuyo nombre completo es el de Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba—se ha consagrado con empeño a hacer recordar y resaltar esa faceta interesante del cervantismo, a la cual ha dedicado el número más reciente de su boletín o revista académica, además de propulsar campañas divulgadoras.

Don Francisco Rodríguez Marín fué quien, observando cómo en los siglos XVI y XVII Córdoba abundaba en Cervantes y Saavedras sospechó un origen, que un casual hallazgo en el Archivo Universitario de Osuna confirmó, haciendo aparecer documentos sobre el li-

cenciado Juan de Cervantes, abuelo de don Miguel, y sobre un poeta Gonzalo de Cervantes Saavedra, supuesto primo hermano. Posteriores investigaciones del archivero don José de la Torre y del Cerro, permitieron que de 1911 a 1923 se completase el cuadro de los antepasados paternos cervantinos con abuelos, bisabuelos, etc., todos cordobeses. A la vez se precisó la personalidad e historia del bachiller Rodrigo de Cervantes, padre del Cervantes célebre y de otros seis hijos e hijas, que fueron naciendo por diversos sitios, al azar de sus sucesivas residencias. Pero nunca perdió el contacto con su tierra natal andaluza, en la que, con sus hijos, vivió de 1553 a 1563 aproximadamente. Siendo en Córdoba, su barrio, el de la plaza del Potro, donde su hijo Miguel recogió influencias del ambiente.

Esta plaza era entonces el mas activo centro comercial de la ciudad, patria chica ecuestre de jinetes y caballistas. En sus inmediaciones estaban los talleres y almacenes de los silleros de la jineta, que hacía «elegantes monturas a los corceles de los hidalgos para lucirse en fiestas y desfiles. También estaban allí los pañeros, y en las cercanías, diversas posadas, que tenían por centro la calle de los Mesones o calle Real, y que servían de punto de concentración a una movable clase de trajinantes, arrieros y artesanos, amén de los célebres «agujeros del Potro» o astutos pícaros locales. Y luego, rellorando el cuadro, el ir y venir popular de mujeres y muchachas morenas, con jarrones y ánforas, a la fuente central, lo mismo que en los tiempos recientes del pintor Julio Romero, también hijo y vecino de aquella plaza en que está su Museo.

Así resulta que, por la sangre y por el aire callejero, el autor del «Quijote» recibió una doble herencia cordobesa. Rodríguez Marín creía verla en detalles de su sintaxis, en sus exageraciones, en su meridional viveza de ingenio. Más tarde, Azorín, diciendo que Cervantes puede ser cordobés, merece ser cordobés y cuadra su caracter con la idiosincracia cordobesa, recuerda la jovialidad y conformidad del duque de Rivas (otro Saavedra), el estoicismo de Séneca, la personalidad completa del Góngora de romances y letrillas, la elegancia en el peligro de Cervantes en Lepanto y Argel, como Guerrita y Lagartijo en el ruedo. En todos predominaba un buen sentido innato y una sensación de sosiego que también Cervantes da de su persona. Y estas opiniones de Azorín tienen como reverso de comentarios locales los que pudieron hacerse al clasicismo humanista de Cervantes, que desde Américo Castro hasta hoy se va señalando como equi-

librio análogo al de la cordobesa Edad de Plata latina, sin exceptuar un cierto arabismo de Mil Noches y Una Noche, patente en la tendencia de la obra cervantina a lo que asombra y maravilla.

Consecuencia firme de todo ese equilibrio cordobesista, y resumen esencial de lo cervantino, puede ser el silencio. Francisco de Cossio ha dicho hace poco tiempo, en las páginas de «Madrid», que lo que indica más el tono elevado de una cultura es la media voz, pues el silencio modera y suaviza todas las pasiones. Lo discreto y elevado de la obra de Cervantes es precisamente su equilibrada sensación de media voz. Gerardo de Diego dijo hace poco menos (en una conferencia dada en Córdoba) que «la sensibilidad de Miguel para el goce del silencio es particularmente delicada y que abundan en su obra los oasis silenciosos». Del «Quijote» es la frase «en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio a sí mismo». Silencio que se completa por un sentimiento hondo de la musicalidad, como también ha hecho notar Gerardo de Diego. Así pasa en las soleares, forma cordobesa del cante. Por eso fué Cervantes quien en su «El gallardo español» era cordobés torero, y cordobés fatalista, así escribiendo:

Pero ¿qué puedo hacer
si he echado la capa al toro
y no la puedo coger?
Echada está ya la suerte.
Yo he de seguir mi camino,
aunque me lleve a la muerte.

